

ESPAÑA EVANGÉLICA

AÑO XVI. — NÚM. 728

Madrid, 25 de Julio de 1935

PRECIO: 25 CÉNTS.

CRÓNICA

La reforma constitucional

No hay otro remedio. Hay que insistir. El adversario se obstina en el ataque a la recién nacida Constitución republicana y se empeña contra viento y marea en reformarla. ¿Qué vamos a

hacer los ciudadanos sensatos sino defenderla con tesón y repudiar todo intento prematuro de reforma? Si hay pesadez y machaconería en el debate, no será ciertamente por culpa de los que estamos dentro de la Ley fundamental del Estado español y nos limitamos a acatarla y a impedir que se la ataque, sino de los que se obcecan en desobedecerla y echarla abajo a toda prisa.

Y cuidado que ya no son solamente los que votaron y defienden la joven Constitución del 31 los que levantan su voz de protesta contra ese afán loco y precipitado de reforma constitucional, sino que también en el mismo campo de las derechas hasta hombres que tienen en sus programas políticos como principio importante el de la revisión a su tiempo, se muestran indignados ante el necio empeño que ni repara en la inoportunidad del momento ni en los peligros de una guerra civil, ni siquiera en la ineficacia de la reforma proyectada, que vendría a ser papel mojado para cuantos no la sintieran ni la aceptaran. Pero nada; siguen impertérritos los reformistas en su idea y propósito y todo lo supeditan a preparar la tal reforma.

Y bien: ¿cuál es, en resumidas cuentas, el objetivo principal, casi único que les guía en su intento reformista? De los cuarenta y tantos artículos que se proponen cambiar, sólo uno y algún otro que con él se relaciona les interesa: ¡el artículo 26! Ahí está el caballo de batalla, la obsesión, la verdadera manía de los reformistas que nos han salido. Un artículo simplicísimo que declara al Estado español laico y neutral en materia confesional y que por ende somete a todas las confesiones religiosas a la ley común, sin conceder a ninguna privilegios ni a ninguna regatear sus legítimos derechos ha alzaprimado de tal modo a las derechas gobernantes que se figuran ciegas, que ni habrá pan en la mesa del pobre, ni carne en su puñero, ni un céntimo en el bolsillo, mientras subsista ese malhadado artículo, ni podrán ahuyentarse los más fieros males sobre la patria mientras no desaparezca tal artículo de la carta constitucional.

¡Qué aberración! (o qué perfidia, cualquiera lo sabe), la de dar tanta importancia a un tan inocente artículo.

Porque hay que decirlo una vez más. El artículo 26 de nuestra Constitución no tiene nada, absolutamente nada, que pueda alarmar a la conciencia católica que sea de verdad religiosa.

Separación de Iglesia y Estado. Primer enunciado que establece dicho artículo. Esto es tan inofensivo para el verdadero católico religioso que hasta los mismos cedistas ya no piensan hacer de ello cuestión. Se conforman con que la Iglesia católica no sea la religión del Estado. Pues entonces, ¿para qué empeñarse en pretender que sigan cobrando del Estado? ¿Puede darse mayor contrasentido que en régimen de separación la Iglesia sea sostenida económicamente por el Estado? Ni puede defenderse lógicamente que, en tal situación se mantengan relaciones oficiales diplomáticas con la Santa Sede como quieren los revisionistas que abogan por Concordatos y arreglos con el Vaticano. Si se admite la separación debe admitirse con todas sus consecuencias, y la inmediata es que la Iglesia y el Estado independientes entre sí no necesiten para nada de tales concordatos y embajadas.

Disolución de jesuitas. Pedir a estas alturas el restablecimiento de la Compañía de Jesús es ridículo, cuando vemos cómo campan por sus respetos los jesuitas «disueltos», sin que nadie les entorpezca en sus movimientos ni activi-

dades, ni siquiera les moteje porque usen públicamente su título con las consabidas iniciales J. S. ¿Qué necesidad tienen los jesuitas de levita de reformar este segundo apartado del artículo 26 si los jesuitas de sotana actúan como si tal cosa?... Preocupense, pues, de otras cosas de más enjundia, que ese asunto bien arreglado lo tienen.

Prohibición de enseñanza e industria a las otras órdenes. Bueno, ¿y qué ha pasado y está pasando con tal prohibición? Que los frailes sigan con sus colegios y factorías y nadie les ataja en su carrera de negocios.

Sí, replican los revisionistas, pero la ley ahí está vigente y humillando a esos dignos ciudadanos a quienes se les niega el derecho de enseñar y de traficar que se reconoce a los demás. Hasta cierto punto, no más, se reconoce a otros ese derecho, porque todos tienen que someterse a las limitaciones que el Estado impone, pero en todo caso, replicamos nosotros, los frailes y monjas tienen ya en sus respectivas constituciones propias bien delimitadas sus funciones, y ningún agravio se les hace no consintiéndoles actividades que sus propios estatutos les prohíben. Si su vida es puramente ascética y de renunciación a los negocios mundanales, bien hace la Constitución española en facilitarles con la prohibición el más exacto cumplimiento de sus deberes espirituales de abstenerse de explotaciones tan contrarias a su espíritu fundacional y ofrecer de paso a los generosos devotos de las órdenes monásticas la oportunidad de ayudar con sus donativos al sostenimiento de esas comunidades. Lo que no puede ser ya es que siga manteniéndose el equívoco con que a todos se ha venido engañando. O esas órdenes son lo que dicen, dechados de virtud, de abnegación y de apartamiento de todo contacto mundano o son instituciones comerciales y negociantes. Si lo primero, vivan de la propia sustancia religiosa, y si lo segundo, díganlo de una vez y afronten la responsabilidad del caso, sometién-dose como todos los demás a la ley común.

Y en cuanto a ese argumento general que hasta llamados republicanos de izquierda vuelven a esgrimir invocando la tan decantada mayoría, como si el ser los católicos los más les diera derecho a privilegios en la Constitución, digamos otra vez más que si la mayoría en orden a las ideas religiosas se puede probar, pues es la religión algo tan íntimo y espiritual que se escapa a toda función de estadística, ni en último término las mayorías pueden tener en las leyes proporción que por fuerza han de ser en perjuicio del derecho intangible de las minorías.

¿Estaría bueno que la única mayoría real y efectiva y plenamente demostrada en el país, que es la de los pobres, enfrente de los ricos no tuviese en las leyes ninguna privilegiada situación y quisiera recabarla la supuesta mayoría católica para vivir en condiciones de superioridad y de ventaja, sobre los que profesan otras ideas.

No, señores clericales, no tanto. La ley ha de ser igual para todas las confesiones religiosas, y ninguna, por antigua que sea o por favorecida que se vea por ricos y oportunistas o por mucho número que se figure tener de adeptos, puede reclamar para sí favores del Estado, que no se conceden a las otras. Todos iguales ante la ley; esto es lo cristiano, es lo justo y es lo que nuestra Constitución es-

tablece. Nadie, pues, intente innovarla, y el que a ello se atreva, que piense que puede ser funesto en todos sentidos el intento, y el que ama la paz social y el bien de España debe renunciar a esas locas quimeras de revisiones y reformas, a menos que quiera hacerse reo del delito de lesa patria y de lesa religión.

AGUSTÍN ARENALES.

**ESTE NÚMERO HA SIDO
VISADO POR LA CENSURA**

CRISTO Y LA AMISTAD UNIVERSAL

Trabajo que obtuvo el segundo premio en el Concurso Internacional para la Juventud, organizado por el Consejo Ecuménico de Cristianismo Práctico y la «Alianza Universal para la amistad internacional mediante las Iglesias».

Autor: Knud Erik Rasmussen, de Dinamarca.

Introducción.

PODÍAMOS dar el título: «Cristo y la Fraternidad Universal». Ningún hombre jamás ha hablado más de esta fraternidad y de fraternidad en general entre los hombres, como Cristo. La unión y la fraternidad son los caminos a seguir para hacer realmente a Cristo el Rey de los hombres. Pero, en nuestra época, dos formidables obstáculos se le oponen, a saber: la injusticia social inmensa y la pobreza y la guerra. La guerra y el pauperismo paralizan la vida espiritual por completo y crean el odio. Es, pues, obligación de nosotros, como cristianos, combatir la una y el otro.

El Cristo y la guerra.

Nosotros, los jóvenes, no hemos vivido la guerra mundial, pero sabemos cómo ella en cuatro años ha destruido una cultura secular, tan trabajosamente edificada; ha destruido vidas humanas y almas, y desmoronado una generación completa. Estamos convencidos de que una nueva guerra pondría fin por completo a toda vida espiritual, y es por esto que la tememos.

Ciertamente, Cristo no se ha manifestado directamente contra la guerra; pero no hay cristiano alguno que pueda dudar que Cristo condena la guerra y hasta el empleo de toda fuerza o violencia. ¿Quién podría imaginarse a Cristo como jefe militar o como soldado? No; todo el espíritu del Evangelio es francamente opuesto a la guerra; el espíritu de Cristo y el espíritu de la guerra no podrán conciliarse jamás. Podemos decir con el teólogo alemán Adolf Harnack: «El empleo de más palabras para establecer que el Evangelio prohíbe determinadamente todo empleo de violencia y que no tiene nada de común con la guerra, es inútil». (Militia Christi.)

A pesar de esto, la Iglesia todavía no ha tomado posiciones. Al contrario, un sector importante de la Iglesia levanta una oposición enérgica cuando se trata de la Iglesia en su calidad de creadora de la paz mundial. Mientras tanto, multitudes están convencidas que a la Iglesia le pertenece difundir en este mundo el mensaje de la paz de Jesús. Una obra práctica se impone a la Iglesia: la de condenar la guerra y el militarismo. El espíritu del militarismo es bru-

tal. Él ejercita al hombre a una matanza sistemática y aplasta toda personalidad. La educación militarista es en realidad peor que la misma guerra, y constituye en mucho el mayor peligro para la amistad universal. Pero esta educación es hoy día un gran honor en muchos países y ¡disfruta del apoyo de la Iglesia! Efectivamente, ha rodeado siempre de una aureola tanto al militarismo como a la guerra.

Un gigantesco aumento en los armamentos se está realizando en el mundo entero. Se está aproximando la decadencia de la Sociedad de Naciones; las probabilidades de la paz son mínimas, y nos aproximamos a una nueva guerra.

Es por esto que el mundo espera que la Iglesia emita su juicio, diciendo con M. Heering: «Toda guerra es un pecado contra Dios y un crimen contra los hombres» (Dios y César). Pero si la Iglesia como entidad no quiere declararse, es menester que aquellos que forman parte de ella levanten su voz. De todos modos las palabras y las declaraciones no son suficientes. Lo que es necesario es un trabajo real contra la guerra, con la predicación y con la educación.

Los representantes de la Iglesia deben protestar contra la guerra en nombre de Cristo; deben ayudar a la S. de N. en su lucha contra la guerra por medio de la Conferencia del Desarme. Las Iglesias de los diferentes países deben exigir el desarme nacional, conociendo perfectamente qué riesgo enorme corre el país por este hecho. Un pueblo que se desarma porque no quiere la guerra, tiene en sí mismo un elemento divino y no perecerá jamás, aunque sea conquistado por otro poder. Y tal pueblo luchará con las armas del espíritu, y éstas, con el tiempo, vencerán.

Però para esto es necesaria una educación. El Espíritu de Cristo debe penetrar toda la vida pública de tal modo, que una poderosa oposición contra la guerra nazca entre los pueblos. La educación de la juventud y de los obreros debe residir en el desarme moral. Hace falta que la idea de la guerra nos sea tan extraña como aquella de emplear esclavos.

Mucha gente, llegando a esta conclusión, rehúsa el servicio militar. Se trata aquí de un problema bastante delicado que coloca al individuo delante de un muy grave con-

flicto de conciencia. Pero en tanto, los cristianos creemos que hay que examinar seriamente el problema delante de Dios y después obrar según nuestra conciencia.

La lucha de la Iglesia contra la guerra debe ser una lucha por Cristo; será dura pero es necesaria; y si, como la esclavitud, la guerra fuese abolida, ni por esto la amistad universal estaría asegurada: el odio entre las clases, los partidos, las naciones y las razas, no desaparecerían por este hecho.

Cristo y la sociedad.

El otro gran mal consiste en la injusticia social que caracteriza todas las sociedades modernas; el hecho de que hay hombres que pueden vivir una vida de esplendor y de lujo, mientras que otros están entregados a la miseria, sin esperanza de salir de ella. ¿Por qué nosotros, los cristianos, no queremos reconocer que una injusticia tan grande es una directa contradicción contra el evangelio de Cristo, consecuencia de una falta de fraternidad en la sociedad? Esta gran injusticia social puede y debe ser abolida como la esclavitud y la guerra. Antes de poder hablar de la amistad universal, la guerra y la miseria deben ser desterradas. Como cristianos queremos contribuir a la abolición del odio de clases. Queremos la paz entre «los palacios y las chozas».

En una sociedad de justicia, la fraternidad que deseamos todos podría ser creada. En el fondo son la fraternidad y la solidaridad las que constituyen el verdadero patriotismo. Es por eso que como cristianos debemos esforzarnos en hacer penetrar el espíritu de Cristo en la sociedad, tomando parte en la vida política. Nada en la sociedad debe ser substraído al espíritu de Cristo; debemos intervenir los cristianos en los asuntos de los partidos y en la Prensa para crear una opinión pública en el espíritu del Evangelio. Lucharemos contra todo espíritu partidario. Conservaremos los partidos. No queremos uniformizar el paso. Nuestras opiniones se afrontarán en los diferentes partidos, pero se trata de una lucha honesta para el bien del pueblo y el espíritu fraternal. Queremos incluir en esta fraternidad a aquellos que son cristianos y a los que no lo son. En varios países hay una juventud socialista que lucha con vigor contra los cristianos. Nosotros lucharemos contra ella, pero, al mismo tiempo, les tenderemos la mano fraternalmente. Este es el espíritu del verdadero patriotismo; todo lo demás es falso. El nacionalismo egoísta pretende ganar el poder y la gloria para su nación, lo cual le permite fanatizar las masas para fines egoístas y crear el odio contra otras naciones. Pero el amor fraternal y el sentido que se tiene de la injusticia le hacen

falta. De esta manera se arrastran las masas a la guerra y a la matanza recíproca bajo el pretexto del amor a la patria; pero lo que la nación necesita, no es el poder y la gloria, sino la equidad y la fraternidad. Por consiguiente, «¡abajo el imperialismo y el nacionalismo!» Es ésta la causa del aislamiento de las naciones que erige entre ellas barreras aduaneras, y de esta manera impiden los intercambios entre los países; es también el origen del grave problema de las deudas de guerra.

Ahora bien, para que la Iglesia pueda llegar a una hora positiva para la paz, hace falta que se eleve por encima de las naciones para proclamar la paz desde lo alto de los púlpitos del país. La Iglesia debe dejar de ser militarista y patrioterista. La Iglesia y la paz deben estar indisolublemente unidas.

Es necesario que la Iglesia emprenda una educación profundizada con mira a la amistad universal y la paz, en la Escuela Dominical y en las lecciones de instrucción religiosa, y el espíritu de guerra debe desaparecer de las lecciones de Historia tanto nacional como universal. Es necesario que nosotros, jóvenes, lleguemos, por Conferencias y por trabajo en grupos, a tener conciencia de la realidad de la guerra y de los problemas internacionales. Aprendamos a conocer bien la juventud de los países vecinos reuniéndonos a menudo con ella.

Para que la obra pacifista de la Iglesia sea perfecta, debe anhelar una cooperación con la S. de N. Parece que ha sonado la hora crítica de la S. de N. Varios Estados se han dado de baja y prefieren ponerse de nuevo a la defensa por sus fuerzas militares, que a la de la S. de N. Hay hoy mismo algunos que aseguran que la Rusia soviética anti-cristiana será quien salvará a la Sociedad de Naciones. Pero, ¿por qué la Iglesia no renueva esta sociedad? En el fondo, la S. de N. está fundada sobre una idea cristiana. ¿Será nuevamente necesario que movimientos anti-cristianos cumplan la tarea, de la cual la Iglesia debe encargarse? ¡No!; ¡esto no debe suceder! ¡No!; esta vez la Iglesia tendrá que tomar conciencia de su responsabilidad.

Que la Iglesia de Cristo en íntima colaboración con la S. de N. trabaje, pues, para agrupar a todas las naciones del mundo, donde Cristo es el Maestro invisible. Pero seríamos ciegos si nos dejásemos llevar a creer que la verdadera amistad universal se encontraría así asegurada. Hay en nuestros días un problema que no podemos descuidar: el de las razas.

Cristo y las razas.

El problema de las razas se manifiesta en todas partes hoy día, y si la patriotería es obstáculo para la fraternidad universal, el espíritu de raza no lo es menos. El plan de Dios referente a las razas era que éstas, creando civilizaciones diferentes, se enriquecieran las unas a las otras. Una Humanidad uniforme hubiera sido una Humanidad amonorrada.

Ahora bien, es justamente lo contrario lo que ha sucedido. En este momento el mundo

está dominado por el odio de las razas. Las razas no quieren aprender las unas de las otras; al contrario, se desprecian mutuamente.

La responsabilidad principal de estas cosas debe ser, sin duda alguna, atribuida a la raza blanca. Ella se ha fundado sobre el hecho de haber descubierto a las demás y ha hecho la experiencia de poder dominar a las otras. Se considera, pues, como la raza superior, elegida por el Creador para reinar. Desprecia la cultura de las otras razas. Pero la raza blanca no puede gloriarse sino de una sola cosa: de su propia civilización. Desde el punto de vista moral y religioso está a menudo bastante debajo de otras, y en su orgullo de raza ha abusado de las demás, y no es, pues, de extrañar que éstas odien a aquélla.

Cree que el Cristianismo es su religión privilegiada. La misión cristiana ha sido

ARISTAS

Lucas, XXIII, 41.

*Cada vez que oigo y leo
que por mí sufrió Jesús,
me dan ganas de ir al Gólgota
a ponerme yo en la cruz.*

Marcos, V, 18 y 19.

*Cuando oigo a los impios
decir que Cristo no existe,
les declaro las mil cosas
que por mí, Señor, hiciste.*

MANUEL DEL BUSTO

realizada bajo la protección del poder militar de los blancos; el Cristianismo ha sido impuesto a las razas como la civilización occidental. Ésta es la razón por qué las otras razas han llegado a odiar al Cristianismo. Pero el Cristianismo no tiene necesidad de ser protegido, y es necesario que la «civilización» occidental sea formada distinta al Cristianismo. Se habla tanto del peligro amarillo, pero, ¿no es mayor el peligro blanco?

Las misiones cristianas han llegado a reconocer que de lo que las razas de color tienen necesidad no es de la civilización europea, sino del Evangelio, que está muy encima de todas las razas y culturas. No es la soberanía de los blancos la que puede unir a las razas, sino solamente Cristo. Es, pues, la tarea de la Iglesia reconciliar los pueblos de color con los blancos.

La solución cristiana del problema de las razas se expresa en la fórmula: «Todos somos iguales delante de Dios. Todos somos pecadores. Delante de Dios no hay ni naciones ni razas elegidas ni favorecidas. Que todas las razas y todas las sociedades civilizadas puedan experimentar y sacar enseñan-

za las unas de las otras; el camino del progreso será la unión de todas las razas en el esfuerzo común y tomando como blanco al Señor Jesucristo».

Cristo y la comunidad.

En la última noche de su vida Jesús oró: «Para que ellos sean uno, así como nosotros lo somos... así como tú, ¡oh, Padre!, eres en Mí, y yo en Ti, para que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que Tú me enviaste» (V. M.). Jesús ha orado por la unión de la Iglesia, unidad fundada sobre el amor de Dios. Todos sus miembros deben vivir en la comunión del amor con Dios y, por consiguiente, en comunión los unos con los otros. La Iglesia debe así mostrar al mundo que solamente el amor puede crear la unión. Para que la Iglesia pueda crear la amistad universal, es menester que la unión reine en todas las comunidades de Dios. Hay muchas diferentes confesiones en la Iglesia. Sin embargo, sus diferencias no necesitan ser borradas para que la unidad se crea. No queremos tener un «andar al paso» (militar). Pero cada comunidad religiosa, desde la más pequeña secta hasta la gran Iglesia romana, debe desistir de valerse de su superioridad, de su propia concepción y aprender a comprender las concepciones de los demás grupos. Iglesias siempre más numerosas sienten que la oración sacerdotal de Jesús debe ser una realidad; todos los cristianos deben reunirse. Esforcémonos, pues, en alcanzar este blanco: una sola Iglesia en la fe y en la esperanza; que la oración de Jesús será atendida. Esta oración debe ser el hilo conductor de toda la obra religiosa.

Conclusión.


En medio de la situación en que el mundo se encuentra, es necesario que la Iglesia de Cristo se levante y muestre el camino. Una Iglesia nueva, unida, debe nacer; una Iglesia purificada del militarismo y de la teología guerrera y que no sea más aquella de las clases superiores. Esta Iglesia será entonces capaz de realizar la **fraternidad universal**.

Aun estamos muy lejos del Espíritu en que se inspira la oración sacerdotal de Jesús. Pero tenemos la convicción de que es Cristo quien ofrece la única salida de la situación desesperada en que el mundo se halla actualmente.

Traducción de
JUAN WEBER-DUBOIS.

Un deber de justicia y de cortesía nos obliga a decir que el autor del trabajo premiado con el primer premio, y publicado en el número 717 de este periódico, no es autor, sino autora. Hacemos gustosos la aclaración, a la vez que felicitamos y besamos los pies a la Srta. Elli Panagyotidou, de Grecia.

Recomiende a sus amigos

 ESPAÑA EVANGÉLICA

¿Está justificada la existencia de las Escuelas Dominicales?

Movimientos como la «Asociación Mundial de Escuelas Dominicales», que hoy día cuenta con más de 36.500.000 alumnos de diferentes razas y naciones; sociedades de tan reconocida importancia como la «Misión de Servicios Especiales para niños», la cual, durante los meses de verano, celebra servicios para niños en la mayor parte de las playas de Europa; colegios tan afamados como Westhill, que se dedican exclusivamente a la preparación de instructores de Escuelas Dominicales, prueban, en parte, que la existencia de dichas escuelas está justificada.

Ahora bien, por encima de tales movimientos, lo que para mí justifica su existencia son los fines a conseguir, para los cuales son fundadas. ¿Cuáles son o deben ser dichos fines? Primeramente, ayudar al niño a tener comunión con Dios por medio de Jesucristo. En segundo lugar, construir un puente entre la Escuela Dominical y la Iglesia, por medio del cual el niño pueda pasar a tener comunión con los miembros de la misma. Como podemos ver, la Escuela Dominical puede proveer al niño de algo vital, que ninguna otra organización o institución puede darles.

¿Cómo conseguir tales fines? Hay tres medios o canales que, aunque no los consideramos infalibles, dondequiera que se han coordinado, los resultados han sido bastante satisfactorios. Me refiero a la cooperación que debe existir entre el instructor, la casa y la Iglesia.

Por experiencia creo que el éxito de una Escuela Dominical depende principalmente de lo que el instructor es en sí, de su carácter, temperamento, preparación, consagración, de su personalidad. Es cierto que en la consecución de nuestros fines (como ya hablaremos más adelante) puede influir la organización del trabajo, la división de la clase en grupos, el edificio, un curso de lecciones graduadas, etc. Pero, ¿a qué equivale todo esto sin la cooperación, simpatía, etc., del instructor? Si el instructor no reúne condiciones para su trabajo o le falta buena voluntad en lo que hace, todas las reformas que en una Escuela Dominical se realicen podríamos considerarlas nulas.

Siento que la falta de espacio no me permita ocuparme en este artículo de los otros dos medios mencionados y cómo pueden cooperar los tres para ganar al niño para Cristo.

A. SERRANO

Inscripciones prohibidas.

Conviene que los evangélicos que acostumbra imprimir textos bíblicos sobre los sobres de sus cartas, tengan presentes las siguientes disposiciones publicadas en la *Gaceta* del día 13 de los corrientes, y que tienen por objeto no servir del correo para toda clase de propagandas:

Primero. Los sobres, fajas y cubiertas de la correspondencia cursada por el correo sólo podrá ostentar la dirección del destinatario; la del remitente con toda clase de indicaciones referentes a su profesión o negocio, el timbre del Estado y los matasellos oficiales.

Segundo. Para cualquier otra clase de inscripciones o timbres se requerirá autorización especial del Ministerio de Comunicaciones.

Tercero. La correspondencia en cuyo sobre, faja o cubierta aparezcan inscripciones o timbres de carácter político o de lucha social, dejará de ser cursada, sin perjuicio de entregarla a la autoridad judicial, si dichas inscripciones o timbre tuviesen carácter manifiestamente delictivo.

Cuarto. También dejará de ser cursada, pero con aviso al remitente, toda la demás correspondencia en que se faltase al artículo 1.º, sea cual fuere el carácter de la inscripción o timbre, una vez transcurrido el plazo de un mes desde la publicación de este Decreto en la *Gaceta*.

REVISTA DE LIBROS

La Inquisición en Lima (Síntesis de su historia), por D. OCTAVIO CABADA DANCOURT. 123 páginas en rústica.

La literatura sobre la Inquisición, ya en forma novelesca, ya en forma histórica, ha gozado de especial favor entre los evangélicos españoles. Libros como *Recuerdos de antaño*, entre nuestros autores, y *Los hermanos españoles*, entre los autores de fuera, siempre se leen, no pasan de moda, producen hoy el mismo interés que cuando se publicaron por primera vez. Por eso no dudamos en recomendar a nuestros hermanos aficionados a la lectura la nueva obra que acaba de publicarse sobre *La Inquisición en Lima*, y que como dice su mismo autor, es una síntesis de su historia. El autor publicó en el decano de la prensa de Lima, *El Comercio*, y con motivo del extraordinario dedicado al IV centenario de la fundación de esta ciudad, recientemente celebrado, este erudito trabajo; y nuestro querido correligionario, el director del mensual evangélico, *Renacimiento*, de Lima, D. Manuel Garrido Aldama, consideró oportuno que la historia del Santo Oficio en aquella República llegara a conocimiento de los más posible, y por ello editó aquel trabajo en forma de libro. La idea del señor Garrido Aldama merece plácemes, y no hemos de ser nosotros los que menos se los otorguemos. La obra es muy interesante, y es de aquéllas que no se sueltan hasta que el libro se ha terminado de leer. El director de la Biblioteca Nacional de Lima, que abre el libro con una carta, dice: «Si bien es cierto que el tema tratado esta vez por Cabada es amplísimo, él lo ha hecho enfocando los puntos principales, los más interesantes y los que, por sus caracteres espeluznantes, puedan hacer comprender al lector todo lo que significó, en particular para las colonias españolas en el Nuevo Mundo, el establecimiento del Tribunal de la Santa Inquisición. Sencillez, veracidad, deseo de ser leído con interés, tales son, en resumen, las cualidades que hacen del trabajo escrito por Cabada algo merecedor de ser difundido ampliamente, porque la historia requiere, para su más fiel cono-

cimiento, que quien la explique y narre no se aparte de las fuentes más veraces».

En estas palabras está hecho el mejor elogio del valor y del interés del libro titulado *La Inquisición en Lima*.

Consideraciones y pensamientos de Juan de Valdés, escogidos y prologados por JUAN ORTIZ GONZÁLEZ. 282 páginas en rústica, elegantemente presentado.

¿Qué vamos a decir nosotros de los Reformistas españoles del siglo XVI que ya no se haya dicho? Nuestros mismos adversarios reconocen el valor literario y místico de sus obras; pero sucede con ellas lo que con los platos delicados: que sólo están al alcance de los bolsillos adinerados. Las obras de los Reformistas españoles son poco más o menos libros raros, de algunos de los cuales sólo quedan contados ejemplares, que se venden a altos precios. Imposible que los evangélicos españoles, tan ricos en fe como pobres en dinero, puedan saborear su lectura y enervorizarse en su misticismo. Pues bien, ahora se pone al alcance de todos una buena parte de la importante obra de Juan de Valdés, titulada *CX Consideraciones*. El señor Ortiz González ha hecho una delicada selección de las más interesantes, con serlo todas ellas en alto grado, y las ha agrupado con el título que antecede, añadiendo también algunos párrafos de otras obras de Valdés, como *El Diálogo de la lengua*, el *Alfabeto Cristiano*, la explicación del *Evangélio según San Mateo*, y los comentarios a las *Epístolas a los Romanos y a los Corintios*. La lectura de este libro, digno de figurar en toda biblioteca evangélica, permitirá a nuestros lectores tener algún conocimiento de la interesante labor literaria del insigne reformista español, tan representativo como ningún otro de la España gloriosa de fines del siglo XV y principios del XVI. Recomendamos la lectura de este libro, que por las causas antes apuntadas, habrá sido muy poco leído de los evangélicos españoles.

La verdad sobre el Protestantismo, por CLAUDIO GUTIÉRREZ MARÍN. Un folleto de veinticuatro páginas.

Ignoramos por qué causas, las casas que se dedican a la publicación de literatura evangélica han descuidado por mucho tiempo la publicación de folletos de propaganda, de folletos baratos que se puedan distribuir gratuitamente, y precisamente en tiempos en que tanta falta nos hacen; por eso es de creer que tendrá una general aceptación el folleto que acaba de publicarse, y que seguramente será de mucha utilidad en la labor de propaganda. Nosotros, al menos hemos de hacer un buen uso de él. El autor toma como pie para su folleto el famoso *Dicen que los protestantes...* y va destruyendo hábilmente todo lo falso que de nosotros se dice con el deliberado propósito de desacreditar la causa del Evangelio. Que el nuevo folleto sea el comienzo de una serie de buenos folletos de propaganda evangélica para españoles, y por españoles... que buena falta nos están haciendo. Un sincero aplauso a nuestro compañero Gutiérrez Marín, y adelante.



REVELACIÓN

Viendo al Invisible.

Los hijos de Dios pueden hacer muchas cosas que están vedadas al resto de la Humanidad, que vive en este mundo sin Dios y sin esperanza. En el capítulo XI de la Epístola a los Hebreos leemos el testimonio a Moisés: «Porque se sostuvo como viendo al Invisible». Esta clase de visión es un don de Dios, y es casi un requisito indispensable para llegar a ser cristiano. Hemos de reconocer nuestra necesidad, que somos culpables por causa del pecado. Hemos de ver de nuevo aquel hecho histórico de la muerte de Cristo en la cruz del Calvario como ofrenda expiatoria por nuestros pecados. Hemos de ver a Cristo como nuestro sustituto, tomando nuestro lugar, muriendo para que nosotros pudiésemos tener vida. Esta primera visión de lo invisible es el comienzo de una vida espiritual, de un poder para ver aquello que el mundo es incapaz de ver y comprender.

Encontramos una ilustración de esta obra del Espíritu de Dios en la mente del individuo, dando al pecador vista espiritual de manera que pueda ver al Salvador, en la historia del hombre ciego de nacimiento, que la encontramos en el capítulo IX del Evangelio según San Juan. La necesidad de aquel hombre era, y había sido siempre bien patente. No podía ver; jamás había tenido la facultad de ver. Pero cuando tropezó con Jesús, inmediatamente confió en su palabra para la curación de su ceguera. Entonces pudo decir: «Una cosa sé, que habiendo yo sido ciego, ahora veo». Considerando las verdades del caso, este hombre primeramente pone su confianza en Jesús, reconociéndole como el Mesías, el Hijo de Dios, como lo declaran sus palabras: «Creo, Señor», y entonces «adoróle». Cada cristiano, verdaderamente nacido del Espíritu, sigue una experiencia espiritual semejante a ésta. Estamos necesitados. Padecemos ceguera espiritual. Pero cuando el Señor nos habla y creemos su palabra, nuestros ojos son abiertos. Vemos «el reino de Dios», y entonces le adoramos como nuestro Salvador y Señor.

Hay otro don del Espíritu en este reino de ver lo invisible, después que uno ha aceptado a Jesucristo. Una hermosa ilustración de esto la tenemos en la historia narrada al final del capítulo XI del libro de los Hechos. En pocas palabras dice San Lucas que en Antioquía, una ciudad como a trescientas millas al Norte de Jerusalem, muchos griegos «creyendo... se convirtieron al Señor». Estas buenas noticias alentaron los corazones de los discípulos en la Iglesia de Jerusalem, y se nos dice que «enviaron a Bernabé que fuese hasta Antio-

quía». El nombre de Bernabé era José primeramente; él era un Levita natural de Chipre. En Jerusalem los apóstoles le dieron un nuevo nombre: Bernabé, que significa «hijo de consolación». Bernabé era aquél que tenía una heredad y «la vendió, y trajo el precio, y púsolo a los pies de los apóstoles» (Hech., IV, 36, 37). Él había dejado su negocio y se había dedicado al Señor Jesucristo deseando que su Evangelio fuese proclamado por todas partes.

Después de varios años de testimonio fiel en Jerusalem, Bernabé fué escogido para ir a Siria y hacer la obra del Espíritu en Antioquía. Y leemos que «como llegó y vió la gracia de Dios, regocijose». La gracia de Dios es invisible. ¿Qué fué entonces lo que Bernabé vió? Vió una asamblea de judíos y gentiles que adoraban al divino Señor, y que con celo traían a otros a la comunión de la fe. La mano del Señor era con ellos, se nos dice, y evidentemente aquella congregación de creyentes crecía de día en día. Todo esto es resumido en la pequeña frase: «La gracia de Dios». Bernabé vió lo invisible. Él vió el amor de Dios en acción, obrando aquí y allí en aquellos creyentes de Antioquía. Él vió mujeres y hombres abandonando sus ídolos y dejando sus maldades. Les vió tener fe salvadora en el Señor vivo Jesucristo. No es de maravillar, pues, que Bernabé se regocijara.

Seguramente Bernabé conocía la conversión que tuvo el Señor con Nicodemo. La obra del Espíritu es como el soplar del viento, que no se ve, pero se conoce por el resultado del sonido y movimiento de los objetos afectados por él. El soplo del cielo es, a veces, un céfiro suave en su obra en los corazones humanos, como sucedió con Juan; otras veces como en un soplo continuo. Él trae sus verdades a las mentes abiertas, como sucedió con Tomás. También es posible que se desencadene cual una tempestad repentina, como en el caso de Saulo de Tarso. Ahora Bernabé en esta gran ciudad pagana vió la obra del Espíritu, la gracia de Dios, y se regocijó.

La Palabra de Dios da una idea clara de lo que significa la gracia de Dios. Alguien la ha definido bien diciendo que es: «la misericordia que no merecemos, y la ayuda sin la cual no podemos vivir». Ésta es una definición excelente de la gracia, porque comprende los dos tiempos de nuestra salvación: el pasado y el presente. «Por gracia sois salvos, por la fe», dice San Pablo.

La misericordia de Dios fué demostrada una vez y para siempre en la historia de la

El remedio para el pecado se halla en Cristo, y en Cristo solamente.

Humanidad, cuando el Hijo de Dios murió en la cruz, derramando su infinitamente preciosa sangre como base de la justicia de Dios, por la cual Él puede ahora dar la remisión de pecados a todo aquél que cree en Jesucristo. «Ya sabéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo», dice Pablo a los Corintios, «que por amor de vosotros se hizo pobre, siendo rico; para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos» (Corintios, capítulo VIII, 9). Éste es el tiempo pasado del Evangelio de la gracia de Dios. Es una verdad histórica, y sobre ella nuestra fe descansa. El llamamiento, basado en esta verdad suprema es: «Reconciliaos con Dios», porque Dios ha hecho que Jesucristo se hiciera «pecado por nosotros, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en Él» (2.ª Cor., V, 21).

El tiempo presente de la manifestación de la gracia de Dios, a la cual se le da tan poco énfasis en el evangelismo moderno, es «la ayuda sin la cual no podemos vivir». Ésta es la gracia de Dios demostrada por el Espíritu Santo morando en el creyente, revelándole las cosas de Cristo, obrando sus propósitos en una vida santa y consistente; demostrando los frutos del Espíritu; representando a Cristo ante el mundo, mientras Cristo, nuestro Abogado, representa al creyente ante el trono de Dios. De nosotros mismos somos como nada, y nada podemos hacer, pero por la gracia de Dios somos herederos de su amor, de su vida y de su poder.

Hace años, allá en el primer siglo después de la muerte de Cristo, Bernabé se regocijó porque vió la gracia de Dios en Antioquía. Hay Antioquías modernas donde todavía podemos ver la gracia de Dios. Hermano cristiano que me lees, ¿te regocijarás tú? Ve a los barrios bajos de las grandes ciudades donde el Evangelio es predicado, a la crápula de la sociedad, y allí verás borrachos y criminales salvos por la gracia del Señor, sacados de las más densas tinieblas y trasladados a la gloriosa luz del Evangelio de Cristo. Ve a las Iglesias donde muchos cultos fariseos han venido a ver la gran necesidad de un Salvador que expie por sus pecados. Entra en las Escuelas Dominicales y en las Sociedades de Jóvenes y allí verás muchachos y muchachas confiando en los méritos de Cristo para la salvación de sus almas. Ve adonde otros cristianos están llevando mucho fruto, pero no te quedes ahí. Sé tú un Bernabé, «lleno de Espíritu Santo, y de fe», para que muchos más, por medio de tu testimonio, puedan ser añadidos al Señor. Hermano que me lees, aprende a conocer al Señor por medio de su Palabra; lee la Biblia, empápate de ella, que sea para ti alimento diario de tu alma y la delicia de tu corazón; entonces sé testigo a los demás, abre tu boca y cuenta las maravillas del Señor, su poder para salvar, el gozo, que es nuestro cuando le conocemos de veras. Reparte Evangelios, distribuye tratados, haz la obra de un evangelista. Entonces tendrás una vida feliz, esa felicidad inefable que es el resultado de ver «al Invisible».

CAP. XLIX.-LOS SACERDOTES Y SUS VESTIDURAS

Al mismo tiempo que Dios le dió a Moisés las leyes y mandamientos que el pueblo de Israel debía observar, le dió las órdenes de edificar un tabernáculo donde ellos debían adorarle y ofrecer los sacrificios señalados. También Dios le dió mandamientos relacionados con el sacerdocio, un grupo de hombres que habrían de servir a Dios, teniendo a su cargo el cuidado del tabernáculo y los sacrificios. Dios escogió a Aarón, el hermano de Moisés, para que estuviese al frente de este grupo de hombres, él sería el sumo sacerdote. Solamente los hijos de Aarón podían ser sacerdotes. Una de las tribus de Israel, la de Leví, fué la escogida para ser los siervos en el tabernáculo del Señor. Desde entonces estos hombres ya no fueron contados como una de las doce tribus, sino que Dios dividió la tribu de José en dos, y sus dos hijos, Efraím y Manasés, fueron las cabezas de estas dos tribus.

Estos sacerdotes tenían que ser apartados para el servicio de Dios, y a nada más podían dedicarse. Ellos ofrecían los holocaustos, ofrendas y sacrificios, y ministraban los servicios del tabernáculo y la adoración a Dios.

Cuando llegaba el tiempo de escoger a estos sacerdotes para el servicio de Dios, había de hacerse de una manera muy especial. Moisés tomaba a Aarón y sus hijos y los lavaba con agua (Lev. 8). Este es un símbolo de una nueva vida por la fe en Cristo. De la misma manera que los sacerdotes eran apartados para Dios, así todos aquellos que creen en Jesucristo son apartados para él. Ellos son lavados y una nueva vida se les es dada. Recordamos que cuando Pedro pidió al Señor que lavara no solamente sus pies, más también su cabeza y sus manos, el Señor no lo permitió, sino que le respondió que aquellos que estaban limpios, no necesitaban limpiarse de nuevo. Pedro ya estaba limpio por la Palabra que el Señor había hablado (Juan, XIII, 9, 10 y XV, 3). De manera que así como los sacerdotes eran lavados con agua, los creyentes son limpios por la Palabra de Dios, y se les da una nueva vida. Ellos entran en esta nueva vida, no por sus buenas obras, «más por su misericordia nos salvó, por el lavacro de la regeneración, y de la renovación del Espíritu Santo; el cual derramó en nosotros abundantemente por Jesucristo nuestro Salvador» (Tito, III, 5, 6).

Después de este lavado en la ceremonia de los sacerdotes, Aarón era vestido de una hermosa túnica preparada por Moisés según las órdenes de Dios. Estas vestiduras sagradas Dios había dicho que eran «para honra y hermosura» (Ex., XXVIII, 2). Una de las vestiduras, el ephod, estaba ricamente adornado y bordado en oro y en él habían doce piedras preciosas que quedaban sobre los hombres de Aarón. Grabados en estas pie-

dras estaban los nombres de las doce tribus de Israel. Así, cuando el sacerdote entraba en el Lugar Santísimo, donde moraba Dios, los nombres de ellos estaban siempre ante Dios. El sumo sacerdote es una gran figura de nuestro gran Sumo Sacerdote, el Señor Jesucristo, y ésta es una figura de cómo Él nos lleva a la misma presencia de Dios, intercediendo por nosotros. «Por lo cual puede también salvar eternamente a los que por Él se allegan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos» (Heb., VII, 25). Sobre la frente del sacerdote había una plancha de oro fino y grabado en ella las palabras «santidad a Jehová». Así el Señor Jesucristo era perfectamente santo. Los burladores de Jesucristo que pusieron sobre su cruz, «Jesús de Nazaret, el Rey de los Judíos» no sabían que el hombre que crucificaban era más que un rey: era el Sumo Pontífice, y el Santo Señor del universo.

Después de las vestiduras, la diadema y la mitra eran puestas sobre Aarón, y Moisés derramaba aceite sobre la cabeza del sacerdote para ungirlo. En toda la Biblia el aceite es siempre usado como símbolo del Espíritu Santo.

Cuando Aarón era vestido con sus hermosas vestiduras para honra y hermosura, y ungido con aceite, sus hijos eran vestidos, pero ellos no eran ungidos entonces con aceite. Hay una razón para esto. El sumo sacerdote, Aarón, es una figura de Cristo. Los otros sacerdotes no lo eran, sino que representaban o son figuras, de todos aquellos que creerían en Jesucristo. El sumo sacerdote era ungido con aceite antes de que la sangre del becerro fuese derramada. Cristo fué ungido con el Espíritu Santo antes de que derramara su sangre. Y Moisés no midió el aceite derramado en la cabeza del sumo sacerdote, porque el Espíritu Santo fué dado al Señor Jesucristo sin medida (Juan, capítulo III, versículo 34). Pero con los hi-

CAP. L.—EL LUGAR SANTÍSIMO

Delante del altar del incienso, en el lugar santo, había un gran velo que separaba el lugar santo del Lugar Santísimo. En este Lugar Santísimo sólo una cosa podía verse y era el arca de la alianza. Era una caja de madera y cubierta de oro. En esta arca estaban guardadas las tablas de la ley, las tablas de piedra con los diez mandamientos que Dios había escrito por segunda vez. También había una vasija para el maná que los hijos de Israel comieron en el desierto y la vara de Aarón, que floreció.

La parte más hermosa del arca era su cubierta. Estaba hecha de madera y revestida de oro, y sobre ella había dos estatuas de querubines, uno enfrente de otro, con sus alas extendidas cubriendo la cubierta.

Esta fué la misma arca que acompañó a

jos de Aarón era diferente. Después que ellos eran vestidos, se traía un becerro, y Aarón y sus hijos ponían sus manos sobre la cabeza del becerro, demostrando con esto que ellos sabían que eran pecadores, y después el becerro era matado y su sangre puesta en una vasija. Moisés cogía la sangre y rociaba con ella las esquinas del altar, y el resto era derramado al pie del altar. Entonces un carnero era sacrificado y su cuerpo quemado sobre el altar. Después otro carnero tenía que ser matado y Moisés tomaba su sangre para ponerla en la oreja derecha de Aarón y también sobre las orejas de sus hijos, luego sobre el dedo pulgar de las manos derechas de ellos y sobre los pulgares derechos de sus pies. Cuando esto era hecho, Aarón ya había sido ungido con aceite, pero no los sacerdotes, porque los creyentes han de ser limpios primero por la sangre de Cristo antes de que el Espíritu Santo pueda usarlos para el servicio. Después que eran ungidos Moisés llenaba las manos de Aarón y de sus hijos con varias cosas, significando cada una algo relacionado con el trabajo de los sacerdotes; luego tomaba del aceite usado para la unción y de la sangre derramada sobre el altar para rociar con ellos a Aarón y sus hijos.

Después de toda esta ceremonia, eran declarados sacerdotes. Un sacerdote es una persona encargada de sacrificar animales y poner su sangre sobre el altar como ofrenda por el pecado. Desde el día que Cristo murió ya no hay más necesidad de sacerdotes. Por eso es por lo que somos llamados «ministros», que significa uno que sirve, o «pastores», uno que pastorea. Preferiremos morir antes de ser llamados sacerdotes, ya que eso implicaría que el derramamiento de la sangre de Cristo no era suficiente para remover el pecado, y que todavía necesitábamos ofrecer sacrificios expiatorios. Eso jamás puede ser.

En otro sentido, aquellos que creen en Jesucristo son llamados sacerdotes para él, porque los sacerdotes no solamente ofrecían sacrificios, sino también alabanzas. Nosotros somos para Él sacerdotes, ofreciéndole nuestra adoración y servicio.

los israelitas en su peregrinación por el desierto. Cuando ellos tuvieron que cruzar el Jordán para entrar en la tierra de promisión fué el arca, llevada por los sacerdotes, la que entró primero. Cuando los pies de los sacerdotes tocaron el agua del río, la corriente se detuvo y los israelitas cruzaron por tierra seca. También esta arca estaba con el pueblo de Dios cuando marcharon siete veces alrededor de las murallas de Jericó. Y así encontramos por todo el Antiguo Testamento que el arca era el símbolo más sagrado de la presencia de Dios en medio de su pueblo.

Cuando los israelitas no iban de camino, el arca tenía que estar en el Lugar Santísimo, y nadie podía entrar allí para verla. Así como nadie, sino los sacerdotes, podía

entrar en el Lugar Santo, en el Lugar Santísimo no podía entrar persona alguna, sino solamente el sumo sacerdote, la cabeza de todos los sacerdotes. Y para eso, este sumo sacerdote no podía entrar en el Lugar Santísimo sino solamente una vez al año, en aquel gran día llamado «día de la expiación». Éste era el día más grande de todos los días santos que el pueblo de Dios tenía.

Supongámonos que entramos con el sumo sacerdote en el día de la expiación. Veamos lo que hace. Primeramente entraba en el atrio, en cuyo centro estaba el altar grande de metal. Se acercaba a la fuente de metal y allí lavaba con agua sus manos y pies. Luego se ponía las hermosas vestiduras de que ya hemos hablado. Entonces tomaba un becerro y lo degollaba en el altar, como sacrificio por sus pecados y por los de su familia. La sangre era recogida en una vasija. Después de esto el sacerdote cogía dos machos cabríos llevándolos a la puerta del tabernáculo echando suertes sobre ellos. Uno de ellos era ofrecido en expiación, el otro presentado vivo delante de Jehová en otra ceremonia de aquel gran día. Después de echar suertes sobre los machos cabríos el sumo sacerdote se lavaba otra vez en la fuente de metal y tomaba la sangre del becerro y entraba en el Lugar Santísimo con el incienso ardiendo de manera que la cubierta del arca quedaba cubierta con la nube del incienso y así escondida de él. Entonces el sacerdote rociaba con sangre, con su dedo, la cubierta entre los querubines siete veces. Este lugar del arca entre los querubines se llamaba la cubierta. Dios había dicho que si no había la nube del perfume para cubrir la cubierta, cuando entrara el sacerdote, moriría. Hasta que el Abogado viniera, los hombres no podían presentarse ante la santidad del Dios Todopoderoso por causa de sus pecados. Ahora Dios mira a todos los que creen a través de Jesucristo, nuestro Sumo Sacerdote.

Después de hecha la ofrenda por sus pecados, el sacerdote salía al atrio, se lavaba en la fuente de metal y mataba el primero de los machos cabríos que habían sido sorteados. Una vez más se lavaba en la fuente de metal y después tomaba la sangre de este macho cabrío, entraba en el Lugar Santísimo y rociaba con ella la cubierta siete veces. Luego el sacerdote tomaba de la misma sangre para rociar el Lugar Santo. Esto era como una ofrenda de expiación por el lugar mismo, porque el pueblo era pecador. Durante el tiempo en que estas expiaciones eran hechas, el Lugar Santo estaba vacío. Ningún hombre podía estar en él. El sumo sacerdote tenía que hacer todo el trabajo solo. Ésta es una figura de nuestro Señor Jesu-

cristo, el gran Sumo Sacerdote, que fué necesario que Él solo muriese en la cruz. Nadie podía ayudarle, porque nadie en el mundo era santo como Él.

Luego el sumo sacerdote entraba en el atrio y tomaba la sangre del becerro y la del macho cabrío y rociaba con ella las cuatro esquinas del altar, para hacer expiación por el altar por causa del pecado de los hijos de Israel.

El segundo macho cabrío, que habiendo sido sorteado, quedaba libre, era llevado fuera y el sacerdote ponía sus manos en la cabeza del animal y confesaba los pecados del pueblo mientras sus manos estaban sobre la cabeza del macho cabrío. Entonces el animal era enviado al desierto por un hombre destinado para esto. Esto simbolizaba que los pecados del pueblo habían desaparecido. Es interesante notar aquí que después que Juan el Bautista bautizó a Jesucristo, poniendo sus manos sobre la cabeza del Señor, el Espíritu Santo lo llevó al desierto.

Todos estos lavados y sacrificios formaban una gran lección objetiva para enseñar a los hijos de Israel que Dios era santo y que ellos no podían acercarse a Él antes de que hubiera manera de quitar sus pecados. La sangre de becerros y machos cabríos nunca podían quitar el pecado. Dios simplemente contaba los pecados de su pueblo cubiertos hasta el día que Cristo muriera. Aquel día Dios los descubrió y púsolos sobre el Señor Jesucristo, quien los llevó todos en su cuerpo en el madero de la cruz. Leed lo que dice Pablo en Romanos VIII, 3: «porque lo que era imposible a la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo... condenó al pecado en la carne».

Es digno de notar un detalle más. El velo en el tabernáculo impedía que fuese visto el Lugar Santísimo, donde estaba el arca y la cubierta. Este era el lugar donde Dios moraba. Arriba del tabernáculo, en el aire, había una columna de nube, de día, y de fuego, de noche. Esto era la señal de la presencia del Señor en medio de su pueblo. Pero nadie podía acercarse a Él sin hacer todas las ceremonias y sacrificios de que hemos hablado.

Pero cuando Jesucristo murió en la cruz leemos que «el velo del templo se rompió en dos, de alto a abajo; y la tierra tembló...» (Mat., XXVII, 51). Esto era una señal de que el camino a la presencia de Dios está ahora abierto para todo aquel que quisiere venir por medio de Jesucristo. Él es el velo. Por eso leemos en el Nuevo Testamento: «Así que hermanos, teniendo libertad para entrar en el santuario por la sangre de Jesucristo, por el camino que él nos consagró nuevo y vivo, por el velo, esto es, por su carne; y teniendo un gran sacerdote sobre la casa de Dios, lleguémonos con corazón verdadero, en plena certidumbre de fe...» (Heb., X, 19-22).

Casi todos los detalles, o mejor digamos, todos los detalles del tabernáculo, del sacerdocio y de las ceremonias son una lección objetiva, una figura de alguna parte de la obra de Cristo por nosotros.

Acongojándonos por el día de mañana.

Es evidente que no nos preocupamos por el día de hoy. El trabajo cotidiano, que es el enemigo de la preocupación, no nos permite preocuparnos del presente. Pero si pensamos y nos impacientamos por aquello que podrá suceder en el mañana, y como en el día presente no podemos trabajar lo del mañana, lo que hacemos es preocuparnos por él.

Sin embargo, esto que hacemos es una cosa necia y peligrosa. El mismo Señor Jesucristo nos avisa de ello, cuando dijo: «No os acongojéis por el día de mañana», o, lo que es lo mismo: «No os preocupéis por el mañana». Y Él nos da dos razones por las cuales no debemos hacer esto, la primera está en el

Mañana: «No os acongojéis por el día de mañana; que el día de mañana traerá su fatiga». En otras palabras: no vale la pena preocuparse por el mañana, porque el mismo mañana, cuando sea hoy, se encargará de preocuparse por nosotros.

No hay uno que no haya experimentado esto. Muchas veces nos hemos impacientado pensando en el mañana, y cuando ha venido, no solamente ha salido todo diferente de como lo habíamos pensado (y así de nada sirvió nuestra preocupación), sino que al convertirse nuestro mañana en hoy, se resolvieron todas las dificultades a medida que aparecían, y así nuestra preocupación fué una necedad.

La segunda razón por la cual no debemos preocuparnos por el mañana, está en el día de

Hoy: «Basta al día su afán», dice el Señor.

Hay mucho bueno en el día de hoy, y la preocupación nos impedirá hacer uso de las oportunidades buenas que tenemos; pero también hay mucho malo en el día de hoy, y si a ello le añadimos nuestra preocupación, lo que hacemos sencillamente es, no sólo aumentar el mal del día, sino que no podamos combatirlo. Un hombre que se enfrenta con un oso fiero tiene ya bastante lucha (y el mal que a veces tenemos es peor que un oso fiero). Pero si ese hombre mientras está luchando con ese oso que tiene delante se está preocupando por una docena más de osos que no están allí (y el mal de mañana es menos dañino que osos que no existen), entonces está completamente derrotado.

Es peligroso preocuparnos por el mañana, porque nos impide luchar propiamente con el mal y las dificultades que podamos tener en el hoy.

El próximo número de
ESPAÑA EVANGÉLICA
se publicará, Dios mediante, el
jueves día 8 de Agosto.

ESPAÑA EVANGÉLICA no responde de las afirmaciones hechas en los artículos firmados, ni de las opiniones y juicios emitidos en las páginas "Revelación".

La sabiduría del hombre blanco.

Los habitantes negros del corazón del África se han habituado a las maravillas de la civilización moderna. Un amigo mío, misionero en Aba, en el Congo Belga, me contó una vez el asombro de los negros un día al ver pasar un aeroplano. Al preguntarle mi amigo qué pensaban ellos de eso, replicaron: «Oh, eso es la sabiduría de los musungu». Para el hombre negro de la selva, musungu, el hombre blanco, puede hacer todas las cosas. Al principio de la pasada guerra un natural de Aba regresó del África alemán del Este, en donde había visto verdadera guerra. «¿Qué piensas», preguntó mi amigo misionero «de los cañones y rifles que pueden matar a multitud de hombres en un segundo»? «La sabiduría del hombre blanco», fué otra vez la respuesta conclusiva. Dios nos dice que «por no haber el mundo conocido a Dios por sabiduría» — ya sea la del hombre blanco o la del negro — agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación de la cruz. Podéis tener una opinión magnífica de la sabiduría del hombre blanco, pero en ella no podréis encontrar la salvación.

DICE LA BIBLIA...

Preguntas y Respuestas.

Pregunta.

¿Es castigado el cristiano por los pecados cometidos después de haber aceptado a Cristo, aun cuando estos pecados hayan sido confesados?

Respuesta.

El Señor Jesucristo llevó el castigo por el pecado cuando murió en la cruz. Su muerte paga la pena por los pecados de todos aquellos que creen en Él desde que nacen hasta que mueren. El cristiano «no vendrá a condenación (juicio) mas pasó de muerte a vida» (Juan, V, 24). Dios no puede castigar dos veces los mismos pecados.

Esto no quiere decir ni por un momento que el cristiano tiene licencia para pecar. Hay resultados funestos, de los cuales no pueden escapar aquellos cristianos que no quieren someterse a la voluntad del Señor.

Primeramente hay pecados que traen consigo sus consecuencias en una salud quebrantada y en un conflicto mental. Estas cosas no son castigos judiciales de Dios por el pecado, sino que son los resultados establecidos e inevitables del pecado. Además de esto encontramos que el pecado nos trae tristes consecuencias espirituales mientras estemos en la tierra y también las tendremos el día que aparezcamos ante el tribunal de Cristo. El pecado en nuestras vidas nos trae miseria y toda bendición cesa, también nos priva del gozo de la comunicación con el Señor. Esto, no

es castigo judicial, sino el resultado inevitable del pecado.

El pasaje en segunda Corintios cinco, versículos del nueve al once, describe aquella escena del tribunal de Cristo donde todos los creyentes tendrán que aparecer para ser juzgados, *no para determinar si será salvo o no*, sino para determinar su premio o galardón. Sus pecados han sido ya expiados, pero su manera de vivir después de haber creído en Jesucristo decidirá si es merecedor de recompensa o si sufrirá pérdida, no de su alma, sino de su galardón. 1.^a Cor., III, 12-15, habla de este juicio. Aquel que ha edificado bien, recibirá recompensa (v. 14). El que edificó según la carne, perderá su recompensa, «él empero será salvo, mas así como por fuego».

El cristiano que anda según la carne, y no según la voluntad de Dios será castigado. Cuando un padre castiga a su hijo no es con el pensamiento de que aquel castigo expiará la mala acción del hijo, sino más bien como una corrección, para que la ofensa no se repita. Dios nos trata como a hijos, y «¿qué hijo es aquél a quien el padre no castiga?» (Heb., XII, 7). El pecado en la vida del cristiano trae consigo castigo en el sentido de reprensión y corrección, para que aprendamos a vivir una vida santa y sin pecado.

Dios desea sobre todas las cosas que sus hijos sean santos. Él sabe que nuestro mayor gozo consiste en la santidad, y Él obrará en nuestras vidas para que su propósito se cumpla, aun cuando esto signifique castigo, y aunque «ningún castigo al presente parece ser causa de gozo» sin embargo, «después da fruto apacible de justicia a los que en él son ejercitados».

Pregunta.

San Juan, IX, 31, dice: «Y sabemos que Dios no oye a los pecadores». En vista de esto, ¿qué esperanza hay de que nuestras oraciones sean contestadas?

Respuesta.

La persona que dijo estas palabras era tal vez un hombre ignorante, desdeñado de los príncipes de aquella época. Sin embargo este pobre hombre dijo una gran verdad, porque no todo el mundo puede orar de manera que Dios le oiga en el sentido de hacer caso de sus oraciones. La oración tiene ciertas condiciones, y hemos de entenderlas si queremos que Dios escuche nuestras peticiones.

Que todos los hombres, sin excepción, son pecadores, no hay ni que discutirlo; es una verdad axiomática. La Palabra de Dios dice una y otra vez esto de los hombres, que «todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios» (Rom., III, 23); que «no hay quien haga bien, no hay ni siquiera uno» (Salmo XIV, 3). Entonces, ¿cómo pueden los hombres de esta raza de pecadores acercarse al Dios santo?

El camino se abrió en la cruz del Calvario. Jesucristo mismo dijo «yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre sino por mí» (Juan, XIV, 6). Los

hombres tratan de venir a Dios por otros caminos, por el camino de sus buenas obras, o invocando cualquier otro nombre. Pero Dios no puede escuchar a éstos. Él ha abierto el único camino en la cruz. Allí Él ha hecho posible que los hombres se acerquen a Dios, no como pecadores, sino vestidos con el manto de la justicia perfecta de Dios que es nuestra en el momento que creemos en Jesucristo. Cuando oramos en el nombre del Señor Jesucristo, oramos, no como pecadores que somos, sino como cubiertos con los méritos de nuestro Salvador. Dios no oye a los pecadores; pero sí oye a los pecadores salvados, porque sus pecados han sido perdonados en la cruz.

Podéis parar el péndulo de un reloj; pero esto no hará parar el curso del tiempo. El Zar de Rusia, Nicolás I, era el mayor enemigo del progreso. Una vez se enfureció porque encontró la palabra «progreso» en un reportaje ministerial, y mandó que jamás se usara esta palabra en los documentos oficiales subsiguientes. Los hombres podrán amotinarse y pensar vanidad, podrán consultar unidos contra Dios y su Ungido (Salmo, II, 1-2), pero esto no echará a perder el plan de Dios, cuyos propósitos seguirán cumpliéndose. «Su hora», la hora de sus sufrimientos y muerte, por fin llegó, «en el cumplimiento del tiempo». Y así llegará también el gran día del Señor, el día de bendiciones infinitas para unos y de juicio terrible para aquéllos que hoy no quieren escuchar y obedecer su voz (Filipenses, capítulo I, versículo 6; Isaías, II, 12).

ESPAÑA EVANGÉLICA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN PARA 1935

España y Portugal.		
Año	6,—	ptas.
Semestre	3,—	»
Paquetes desde 10 ejemplares:		
Trimestre, por ejemplar	1,25	ptas.
Semestre, por ejemplar	2,50	»
Año, por ejemplar	5,—	»

América.		
Año	10,—	ptas.
Semestre	5,—	»
Paquetes, por ejemplar	8,—	»

Los demás países.		
Año	12,—	ptas.
Semestre	6,—	»

Importante. — Las suscripciones por paquetes han de abonarse NECESARIAMENTE antes de terminar el trimestre correspondiente.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Beneficencia, núm. 18. - Madrid (4).

TELÉFONO 33590.

¿Quiere usted buscarnos un nuevo suscriptor para este periódico?



INFORMACIÓN EVANGÉLICA

ESPAÑA

Dedicación del Coche Bíblico "Jorge Borrow".

Barcelona, 20 de Julio de 1935.

Llegó el momento anhelado. En el amplio patio de la Iglesia Metodista de Pueblo Nuevo (Barcelona), está el camión-librería-vivienda que lleva el nombre del primer agente de la Sociedad Bíblica en España, el insigne literato «Jorge Borrow», surgido a la celebridad en sus días justamente por su obra inmortal *La Biblia en España*.

El coche presenta muy simpático aspecto. Pintado en el color llamado «Arabian Sands» (Arenas de Arabia), resistirá muy bien la acción del polvo y presentará siempre un colorido grato. En sus costados va la siguiente inscripción: «Sociedad Bíblica. Librería ambulante «Jorge Borrow», en letras azules, ribeteadas de blanco las dos primeras palabras. Lleva tres literas, dos que forman durante el día dos bancos laterales, y la otra, plegable, a la espalda del *baquet* o cabina de conducción. Tras los bancos laterales hay dos cuartitos, uno de aseo y el otro que hace de cocina. Y al final, una librería desplegable, utilizando las puertas en forma de biombos y cerrando por completo todo el frente posterior del camión. Sobre el techo el altavoz, del cual se esperan tan buenos servicios.

El coche estaba dispuesto como para empezar a trabajar. Antes del acto se corrieron dos discos, y después del servicio de dedicación el Coro *Aleuya* del «Mesías», de Haendel. La exposición de las ediciones castellanas y catalanas de la Sagrada Escritura ofrecía una nota muy atractiva de color y de popularidad.

Habíanse alquilado doscientas sillas, que rápidamente se ocuparon, teniendo que acomodar a casi un centenar de amigos más en bancos del adjunto templo y otras sillas sueltas. La más viva expectación se dibujaba en todos los rostros, entre los cuales se reconocían amigos de todas las Iglesias evangélicas de Barcelona, cuando el Rdo. José Capó, superintendente de la Misión Metodista, ocupó la presidencia y dió comienzo el acto. Se siguió «metódicamente» el programa trazado. El Rdo. Antonio Estruch, de Sabadell, añadió unos vibrantes comentarios a su lectura del Salmo 121. D. Samuel Payne, nos dió una preciosa cadena de pasajes del Nuevo Testamento acerca de la Palabra de Dios y su difusión. A continuación el presidente leyó los mensajes recibidos del Rdo. Raniel Regaliza, presidente del Sínodo de la Iglesia Española Reformada; del re-

verendo Fernando Cabrera, presidente de la Alianza Evangélica Española; D. Reinaldo Barnés, representante de la Sociedad Bíblica Escocesa, y el del Rdo. Doctor Juan R. Temple, que sirvió de base a unas elocuentes y sentidas palabras que el Sr. Capó pronunció. Hizo luego la historia (y la prehistoria) del coche D. Adolfo Araujo, que mencionó el generoso rasgo de una cristiana inglesa, que ha donado los recursos que costean el coche y la campaña especial, y agradeció los donativos ya recibidos en España para el «altavoz». Antes de hacer uso de la palabra D. Adolfo Araujo, leyó los mensajes del pastor Brustch, de Barcelona, del colporteur Cecilio Benito, en su nombre y en el de sus compañeros, y del Rdo. Guillermo Rainey, que muy expresivamente felicitaba a los reunidos y evocaba la figura de Jorge Borrow, recorriendo en su caballo blanco España para difundir la Biblia.

A continuación, D. Miguel Aguilera nos contó deliciosamente tres experiencias en los «caminos de España», y el Rdo. Agustín Arenales, en una ferviente plática describió de mano maestra los inventos modernos puestos al servicio de la causa cristiana, prediciendo el día que desde los aviones se propagará la Palabra de Dios.

Hubo dos momentos salientes en la sencilla ceremonia. El primero, cuando el presidente pidió a la concurrencia se levantase en señal de simpatía, admiración y gratitud a la obra de la Sociedad en España. El segundo, el de la oración dedicatoria. Con tono de suma reverencia y muy bien escogidas palabras, ungidas de fervor, gozo y santo anhelo, el Rdo. Capó ofreció el coche a la gloria de Dios y a la difusión de su santa Palabra. Oró por aquella casa ambulante para que el nombre santo resida en ella, para que sus ocupantes sean guardados de todo mal, de cuerpo y alma, y para que de ella salga un raudal de bendición por todos los pueblos por donde pase.

Los cantos resultaron muy bien, acompañados al armonio por el joven Sr. Sancho.

Terminado el acto religioso, los jóvenes ofrecieron a la concurrencia una rica horchata, mediante el pago de una modesta cantidad... que podía subirse a voluntad del «refrescante», en beneficio del «altavoz».

Sabemos, además, que D. Adolfo recibió algunos donativos particulares y de Iglesias para ayuda del mismo fin.

¡ATENCIÓN!

De nuevo suplicamos a los abonados de semestre que se sirvan renovar su suscripción, a fin de que no se interrumpa el envío del periódico. Luego todo son trastornos.

Una grata fiesta a la vez que un solemne culto. Edificación, reverencia, gozo y espíritu práctico hubo en esta reunión de los cristianos evangélicos de Barcelona para encomendar a Dios el Coche Bíblico, que pensando en el bien de España se ha construido.

D. Adolfo, como representante de la Sociedad, recibió muchas felicitaciones.

Iglesia Evangélica de Córdoba.

La Congregación de Córdoba ha tenido el singular privilegio — así, al menos, lo consideramos — de recibir la visita de dos misioneras ilustres, enteramente consagradas desde hace años, a la Causa de Cristo.

El día 6 de Julio, y en el culto del Esfuerzo Cristiano, miss Winifred Smith nos dió su mensaje, contenido en los versículos 1 y 2 del capítulo XII de la Epístola de Pablo a los Romanos. Expresa en castellano bastante correcto cuál es el sacrificio que Dios quiere hoy de los cristianos, y que por no ser obedientes a la Palabra del Señor Jesús no podemos gozar plenamente de «la buena voluntad de Dios», es decir, nos vemos privados del gozo intenso del Señor.

Acto seguido habló miss Florence Irene Leonard; lo hizo en inglés, siendo traducida su Conferencia por el joven esforzador D. Antonio González. En el rostro de miss Florence se reflejaba la atrayente simpatía de los grandes siervos de Dios.

Comenzó diciendo que lleva cuarenta y un años consagrada al servicio del Señor. Antes de esa fecha ella se creía convertida a Dios; pero luego que el Señor trastrocó su corazón vió el error en que había vivido. Hay — dijo — una conversión del entendimiento y una conversión del corazón: *no es lo mismo creer en Cristo que creer a Cristo*. Un hombre afirmó que él tendería una cuerda de un extremo a otro del Niágara y que pasaría por ella con una carretilla y un hombre sentado dentro; todos los espectadores se mostraban incrédulos; sólo un pastor protestante creía en la feliz realización del suceso. Cuando llegó el individuo que debía realizar la proeza al punto donde se iniciaría ésta, el pastor le dijo: «Buen hombre, nadie cree que usted pueda llevar a cabo su promesa; sólo yo entre todos le creo». «— Pues usted es el hombre que yo necesito — replicó quien había de realizar la proeza —, usted será quien monte en la carretilla que yo habré de conducir por la cuerda...» El pastor quedó sobrecogido por la respuesta, y contestó a su vez: «— No, yo no puedo hacer eso; tengo mujer e hijos que me esperan...» Así — dijo la conferenciante — acontece a los que nos decimos creer en Jesucristo. ¿Cuántos cristianos no vacilarían en montar

en la «carretilla» del Señor, es decir, en adaptar sus vidas total y enteramente a los preceptos del Evangelio, repartiendo todos sus bienes a los pobres, contentándonos con un vestido, etc., y esperar con *fe plena* que Él nos alimentará como alimenta a las aves del cielo? Si vuestro pastor tuviese un hijo, ¿no resultaría ridículo que el niño se preocupara, al emprender un viaje, de las provisiones para la jornada? El hijo no se cuida de las provisiones, porque sabe que es el padre quien tiene ese cuidado. Nosotros tenemos un Padre celestial, ¿por qué nos preocuparemos de lo que a Él corresponde?

Refirió luego cómo en los cuarenta y un años que hace se entregó al Señor jamás le ha faltado para su alimento, viajes y vestido; parece que Dios se tarda a veces; pero siempre llega a tiempo. Exhortó, por último, a que no sólo creamos en Jesucristo como nuestro Salvador, sino a que creamos también en todas sus palabras y promesas, para formar una sociedad netamente cristiana.

Todos los asistentes a estas conferencias quedaron altamente edificados con la vida apostólica de estas dos hermanas, y con sus palabras y ejemplos que han prodigado durante su estancia en ésta. La Congregación entera ha recibido gran bendición y grandes alientos.

Fiesta de fin de curso.

En el paraninfo del colegio «El Porvenir» celebróse el sábado, 6 del corriente, la Fiesta de Fin de Curso, organizada por la Unión Cristiana Femenina, de Madrid, asistiendo numeroso público.

Abrió el acto la presidenta de la U. C. F., Srta. Emilia Taibo, quien, en breves frases, recomendó la Fiesta a la amabilidad de la concurrencia, haciendo también un breve bosquejo del trabajo realizado por la Unión Femenina Madrileña en el curso.

El Coro de la U. C. F. cantó dos sentidas composiciones: «España para Cristo», de la Srta. Cabrera, y «La Esperanza», de Rossini; la Srta. Rosalía Garrido recitó el monólogo de los Quinteros: «Chiquita y bonita»; hubo recitaciones de poesías diversas (Gabriel y Galán, Machado, etc.), y la Orquesta Infantil «Delta» interpretó, con su acostumbrado acierto, diferentes piezas musicales.

En suma, unas horas de solaz espiritual. *Cronista.*

NOTAS BREVES

El hogar de nuestro querido amigo el Reverendo Elias Araujo, ha sido bendecido con el nacimiento de su tercer hijo, al cual han puesto por nombre Elías. Felicitamos sinceramente a los padres por este nuevo don del cielo, y deseamos para ellos y sus hijos toda clase de bendiciones de lo Alto.

Iglesia Metodista, Villa Carlos (Menorca). — Últimamente fué bautizado en esta Iglesia el niño Benjamín, hijo primogénito de los apreciados miembros de la misma D. José Sintés y D.^a Juana Camps. Deseamos al niño y a sus padres muchas y ricas bendiciones del Cielo.

— *Iglesia Metodista Episcopal, Alicante.* — Por el sacramento del Bautismo han sido recibidos en el seno de la Iglesia cristiana los niños: Lincoln, hijo de los miembros de la Iglesia D. Lincoln Albricias y D.^a Dolores Lloréns; Isabel-Josefina, hija de D. Eduardo Fisming y D.^a Tina Villalba, y Hilda, hija de D. Juan Dorado y D.^a Isabel Pérez, miembros de la Iglesia. A todos nuestra sincera enhorabuena.

— *Iglesia Bautista, Cercedilla.* — El Domingo 21 tuvo lugar en esta Iglesia un servicio de bautismos. Tres eran los hermanos que fueron bautizados, después de haber profesado su fe en nuestro Señor Jesucristo. Fué la primera vez que se celebró un acto de esta naturaleza en este pueblo. El pastor de la Iglesia, D. Ceferino Rodríguez, que fué el que bautizó, dió la bienvenida en nombre de la Iglesia a los nuevos miembros de la misma. Acto seguido se celebró la Santa Cena, de la que también participaron algunos miembros de distintas Iglesias de Madrid. También tomó parte en la predicación el pastor don Zacarías Carles Just, de Madrid. Bendiga el Señor a estos nuevos creyentes y a todos aquellos que presenciaron tan solemne acto.

— *Iglesia Evangélica Española, Granada.* — El Domingo 16 del pasado recibió las aguas del Bautismo la hija de D. Salvador Iñiguez, pastor de esta Iglesia, a la que se puso por nombre Rosa, siendo apadrinada por los abuelos maternos, D. José Rubio y D.^a Julia Pay. Administró el Sacramento el pastor D. Teodoro Fliedner. A todos, nuestra enhorabuena.

VERANEANTES

A los abonados que se ausenten durante el verano, les serviremos gustosamente el periódico a su punto de veraneo, si tienen la amabilidad de avisarnoslo con la debida anticipación.

Alianza Evangélica Española.

Temas de oración para Agosto.

ACCIÓN DE GRACIAS:

Por los nuevos esfuerzos que se están llevando a cabo para una mayor difusión de la Palabra de Dios.

Por toda la labor realizada en Iglesias, Escuelas, Sociedades Juveniles, etc., durante el semestre que ha terminado.

SÚPLICAS:

Para que el Señor bendiga todos los Congresos, Conferencias y Convenciones que se anuncian para el mes entrante.

Por un mayor aumento de la labor evangelizadora en los puntos de veraneo.

Para que en sus vacaciones no olviden los cristianos evangélicos sus deberes espirituales.

Por el mantenimiento de la paz mundial.

Pueden añadirse los puntos que exijan o recomienden las necesidades y circunstancias del momento.

NUESTRA ESTAFETA

C. C., Granada. — La capilla está en Suiza, y hay otra en Mesdau.

«Atar los perros con longaniza».

En el pueblo de Candelario, de la provincia de Salamanca, vivía, a fines del siglo XVIII, un hacendado llamado D. Constantino Rico, el cual no lo era sólo de apellido, pues pasaba, y no sin razón, por uno de los más acaudalados propietarios de toda la comarca, y era en toda ella su lujo proverbial, su fortuna envidiada y su generosidad generalmente reconocida.

Uno de sus bienes e industrias consistía en la fabricación de embutidos, y, a tal fin, tenía en la planta baja de su casa grandes locales dedicados exclusivamente a ello.

Unas cuantas jóvenes obreras trabajaban una mañana en las faenas propias de semejante industria, cuando acertó a entrar en el local un perro del propio Sr. Rico, con el que las obreras pusieron a jugar. A una de ellas, muchacha de buen humor, traviesa y pizpireta, se le ocurrió entonces coger una tripa larga, ya embutida, y pasársela por el cuello al perro, sujetándole, de este modo, a la pata de un tajo contiguo.

Un chico, que tuvo necesidad de entrar para dar un recado, vió el original espectáculo y, al salir, contó a otros arrapiezos de su edad cuál era la clase de cuerdas que usaban para amarrar los perros en la casa del famoso ricacho.

Y, corriendo la especie, dió origen a la conocida frase de «atar los perros con longaniza».

Domingo Simón Peña

SASTRE

Mariana Pineda, 14 y 16, pral.
MADRID

OFERTAS Y DEMANDAS

(25 céntimos línea.)

Doña Beatriz Cañas de Menchén, profesora en partos. Señorita María Menchén Cañas, enfermera oficial, con prácticas en el Hospital Clínico y en la Enfermería Evangélica. Señora Madrigal de Menchén, fajas ventrales, especialidad para embarazadas. Carretera de la Bordeta, 30, 1.^o, 1.^o (Plaza de España). Barcelona.

PORTUGUESES

Los evangélicos portugueses que deseen suscribirse a este periódico, encontrarán facilidades de pago, enviando el importe de la suscripción (18 escudos al año) y el importe del giro a nuestro corresponsal en Portugal Rdo. Antonio F. Fiandor, Chale «Bela Vista», Torne; Vila Nova de Gaia, Porto.

DE LA OBRA EN ESPAÑA... HACE SESENTA AÑOS

La intolerancia religiosa ante el Evangelio.

I

Hace algunos días publicaba *La Correspondencia de España*, y copiaron los demás periódicos de Madrid, la siguiente noticia: «Cuéntase que el señor Casanueva asentó anoche el principio de que no se puede ser católico y tolerante, porque la intolerancia es la base del catolicismo». El Sr. Casanueva, que es un ferviente defensor de la unidad religiosa en España a favor del catolicismo romano, debe ser una persona muy instruída y conocedora de la cosa que defiende, y al mismo tiempo muy franca para manifestar sus convicciones de una manera tan clara como lo hizo en la reunión a que alude el suelto anterior. Esa manifestación del señor Casanueva es una consecuencia lógica de las doctrinas y de la conducta de la Iglesia romana; y por más horrible que sea admitir por base de una sociedad la intolerancia, es decir, la tiranía y la opresión, preciso es reconocer que hablando del catolicismo romano, esto es una verdad, que nadie que conozca su historia, y haya examinado su espíritu, podrá negar. Ahora, además de la historia y de la lógica de los principios, tenemos la declaración explícita de uno de sus adictos en el momento preciso de defender ante personas ilustradas la intolerancia religiosa como base de la futura Constitución de nuestro país.

Ya lo saben los españoles; ya lo saben los que aun siguen creyendo que es posible hermanar la libertad con la más sincera adhesión a la Iglesia romana, llamada católica por un contrasentido: no es posible ser católico y tolerante; no es posible ser católico y amante de la libertad; es necesario renunciar a uno o a otra; porque la intolerancia es la base del catolicismo. Algo de esto se desprende también del famoso *Syllabus*; y los católicos liberales, como el obispo francés Dupanloup, que querían defender a dicho documento de la acusación de enemigo de la libertad, pueden pedir al señor Casanueva la razón de sus aserciones; él les convencerá: «la intolerancia es la base del catolicismo».

Nosotros damos las gracias al Sr. Casanueva, porque sin quererlo, nos ha dado la razón en nuestra eterna lucha con la Iglesia de Roma. Los protestantes hemos dicho siempre que esa Iglesia no es la de Cristo; la hemos combatido por su falta de espíritu cristiano y porque sus doctrinas, lo mismo que sus tendencias, son contrarias al verdadero Cristianismo. ¿Por qué? Porque la intolerancia es su base, dice el Sr. Casanueva, y deducimos nosotros: luego esa Iglesia no es la Iglesia cristiana, que tiene por base la caridad, «que todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta», que es sufrida y benigna y «no hace mal al prójimo». Nuestro objeto, pues, al tomar hoy la

pluma, es probar al Sr. Casanueva y a todos los defensores de la intolerancia religiosa, que ésta es contraria al espíritu que debe reinar en la Iglesia de Cristo. Para conseguirlo, apelaremos al Evangelio, esperando que ellos no rehusen esta apelación, si creen, como no podemos menos de creer, que el Evangelio es el Código de las leyes cristianas y la regla de conducta para todos los que de cristianos se precian.

II

Principiemos por referir un pasaje del Evangelio de San Lucas, IX, 52-56. «Y envió mensajeros delante de sí, los cuales fueron y entraron en una ciudad de los samaritanos, para prevenirle. Mas no le recibieron, porque era su traza de ir a Jerusalem. Y viendo esto sus discípulos, Jacob y Juan, dijeron: «Señor; ¿quieres que mandemos que descienda fuego del cielo y los consuma, como hizo Elías?» Entonces, volviéndose él, los reprendió diciendo: «Vosotros no sabéis de qué espíritu sois; porque el Hijo del Hombre no ha venido para perder las almas de los hombres, sino para salvarlas».

Los dos citados discípulos de Jesús, llevados de un celo indiscreto, manifestaron su intolerancia contra los samaritanos, que no quisieron recibirle, hasta el punto de desear que descendiese fuego del cielo y los consumiese. ¿Más que les responde el Maestro venido del cielo? «Vosotros, dice reprendiéndoles, no sabéis de qué espíritu sois». Este espíritu de que habla Jesús debe ser el espíritu que debe animar a sus discípulos, y es importante averiguar cuál sea este espíritu.

Desde luego se ve que no es un espíritu de intolerancia, porque precisamente Jesús reprende a sus discípulos por haberse manifestado intolerantes con los samaritanos. La reprensión de Jesús prueba, por lo tanto, que sus discípulos no deben dejarse llevar del espíritu de intolerancia.

Después el espíritu cristiano debe ser el mismo espíritu de Cristo o de Dios, que es igual, porque dice San Pablo (Romanos, capítulo VIII, versículo 9): «Mas vosotros no estáis en la carne, sino en el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, el tal no es de él»; y más adelante añade: «Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, los tales son hijos de Dios». Este Espíritu, que según las consoladoras promesas de Jesús, habita en los fieles, está con ellos para siempre, los guía y enseña todas las cosas (véase San Juan, XIV) y les da testimonio de su adopción (Romanos, VIII, 16) y derrama en ellos el amor de Dios; «porque el amor de Dios está derramado en nuestros corazones por el Espíritu que nos es dado» (Ibid., V, 5). Por eso 1.º Juan, IV, 8, nos dice: «el que no ama no conoce a Dios, porque Dios es amor», y más adelante: «en esto conocemos

que estamos en Él y Él en nosotros, en que nos ha dado de su Espíritu», y luego, «Dios es amor, y el que vive en amor, vive en Dios y Dios en él...», «si alguno dice, yo amo a Dios y aborrece a su hermano, es mentiroso», y concluye: «Y nosotros tenemos este mandamiento, que el que ama a Dios ame también a su hermano».

Pero la prueba más terminante de que el espíritu de Cristo es un espíritu de amor, nos la da Él mismo, cuando después de haber dicho a sus discípulos que no sabían de qué espíritu eran, añade: «porque el Hijo del Hombre no ha venido para perder las almas de los hombres, sino para salvarlas». Jesucristo vino al mundo, padeció y murió por su amor hacia nosotros; «porque Dios encarece su caridad para con nosotros, porque siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros» (Rom., V, 8).

La caridad, pues, debe ser el carácter distintivo de los cristianos, el espíritu que debe animarles, la regla de su conducta en sus relaciones con sus semejantes, y por consiguiendo la base del Cristianismo. El que no ama a sus semejantes, ni es hijo de Dios, ni conoce a Dios, ni tiene el espíritu de Cristo, y por lo tanto no es de él. Este amor cristiano no se limita solamente a los amigos; al contrario, debe extenderse hasta los enemigos: «Mas yo os digo: amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen y orad por los que os ultrajan y persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre, que está en los cielos...» (Mat., V, 44 y 45).

Las condiciones o propiedades de este espíritu de amor las describe admirablemente San Pablo en el capítulo XIII de la 1.ª a los Corintios por estas palabras: «La caridad es sufrida, es benigna; la caridad no tiene envidia, la caridad no hace sin razón, no se ensancha, no es injuriosa, no busca lo suyo, no se irrita, no piensa el mal, no se huelga de la injusticia, mas se huelga de la verdad; todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta», y en la carta a los Romanos, XIV, 10: «La caridad no hace mal al prójimo; así que el cumplimiento de la ley es la caridad».

Al mismo tiempo que el espíritu del Cristianismo es la caridad para con todos, es también espíritu de paz: 1.º, porque Dios, cuya perfección y santidad son el ideal de la nuestra, es Dios de paz (Rom., XV, 33); 2.º, porque Cristo Jesús es el camino de la paz (Lucas, I, 79), y la da abundantemente (Juan, XIV, 27); 3.º, porque él mismo, cuando envió a sus apóstoles a predicar el Evangelio, les ordenó que en cualquier casa donde entraren, primeramente dijese: «Paz sea a esta casa» (Lucas, X, 5); y 4.º, porque es un precepto impuesto a todos: «Seguid la paz con todos y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor» (Hebreos, XII, 14).

Hagamos ahora una aplicación sencilla de estas doctrinas a nuestro caso.

La intolerancia religiosa supone la ausencia de todo sentimiento de amor hacia aquellas personas que son objeto de ella; en vez de amarlas, las odia, las maldice, las persigue. Para el intolerante en materias de reli-

gión el disidente de sus opiniones es objeto de aversión, de desprecio y de ultraje. Le mira como un enemigo a quien no debe darse cuartel, como un ser miserable, que no merece compasión y contra el cual se deben emplear todos los medios más violentos para castigarle. ¿Qué harían, si no, los que se llaman católicos contra nosotros los protestantes el día que prevaleciera su opinión y ellos fuesen dueños del poder? ¿Qué hacen hoy, cuando la libertad de cultos está reconocida como un hecho y como un derecho? Hoy nos insultan, nos maldicen, nos odian de corazón y nos atropellan siempre que pueden, a pesar de la ley y contra la ley. Mañana que la ley fuese suya y nosotros no pudiésemos alegar un derecho, nos perseguirían, se apoderarían de nuestros bienes y personas, nos encarcelarían como criminales, nos desterrarían de nuestra patria o nos mandarían a presidio, y ¿quién sabe si España volvería a ver encendidas las hogueras de la Inquisición?... Ved, pues, cómo la intolerancia religiosa es la ausencia de todo sentimiento de amor hacia los que son objeto de ella.

Ahora, si es imposible ser católico y tolerante, según el principio sentado por el señor Casanueva, es imposible ser católico y tener espíritu de caridad, o lo que es lo mismo, ser católico romano y cristiano, puesto que la caridad es la base del Cristianismo y la intolerancia, o sea el odio, es la base del catolicismo. Y si no, veamos.

El cristiano ama a todos, incluso a sus enemigos: bendice a los que le maldicen, hace bien a los que le aborrecen y ora por los mismos que le persiguen.

El católico romano debe odiar a los que conceptúa como sus enemigos; los maldice y excomulga, y no ora por ellos, sino para que caiga fuego del cielo y los consuma.

El cristiano sufre y es benigno con todos; no injuria a nadie, no piensa mal de nadie, no se irrita; todo lo sufre y todo lo soporta.

El católico romano no debe sufrir ni tener misericordia de los que no opinan como él; le es permitida la injuria y la calumnia cuando se trata de los que él llama herejes; todo lo que estos hagan es malo en su opinión; se irrita cuando se le contradice, no sufre ni soporta el que otros sigan distinto camino del que él sigue.

El cristiano, por último, no debe hacer mal al prójimo, y el católico romano debe perseguir, privar de sus bienes y de su patria, encarcelar, desterrar y matar a sus semejantes.

Y preguntamos ahora: ¿tiene el católico romano verdadero espíritu de Cristo? No,

porque sus máximas y su conducta son contrarias a este espíritu. Luego, «si no tiene el espíritu de Cristo, no es de él» (Romanos, capítulo VIII, versículo 9), es decir, no es cristiano, y por la misma razón el catolicismo romano, que tiene por base la intolerancia, no es la religión de Jesucristo, que está fundada y animada por el espíritu de paz y caridad.

¿Admite el Sr. Casanueva estas consecuencias? Pues tenga paciencia y continuaremos demostrándoselas por otros testimonios de la Escritura y por el ejemplo de Jesucristo, a no ser que el Sr. Casanueva sea del número de muchos fervientes católicos para los cuales en materia de religión Roma y el Papa son todo, Cristo y su Evangelio nada. (Continuará). — M. Alonso. — (De La Luz de 31 de Julio de 1875).

Don Manrique Alonso, el autor de este artículo, fué por su predicación y por su pluma, uno de los pastores más destacados de hace sesenta años. A él se debe un interesante «Diccionario Bíblico», y un sin fin de trabajos periodísticos derramados en la prensa de entonces. Pastoreó la Iglesia de Sevilla al dejarla el señor Cabrera para ir a Madrid. En contra de la opinión de muchos, marchó a Filipinas, con el propósito de predicar el Evangelio en aquellas islas, muriendo al poco tiempo en Manila, creése que por efectos de un jicarazo.

ESCUELA DOMINICAL

Domingo 4 de Agosto.

Josías, un reformador religioso.

2.º Reyes, XXIII, 1-5, 21-23.

TEXTO ÁUREO: Al Señor tu Dios adorarás, y a Él solo servirás. — Mat., IV, 10.

TÍTULO: Lo que le pasó a un rey cuando leyó la Biblia.

1) PROPÓSITO: Hacer claro el poder de la Biblia para transformar a los hombres.

2) INTRODUCCIÓN: Que la clase recite algunos textos acerca de la palabra de Dios.

3) LA LECCIÓN: En los tiempos de Josías la idolatría era muy común. Háblese de algunas de las formas en que prevalecía la idolatría. La más grosera idolatría se practicaba aun en el Templo; pero Josías era un buen rey, aunque sus antecesores habían sido muy malos. Lo primero que hizo cuando subió al trono fué principiar a reparar el Templo, y fué en esta ocasión cuando un sacerdote halló el libro de la ley. El rey escuchó su lectura e inmediatamente descubrió que la nación había desobedecido a Dios. Explíquese con sencillez todo cuanto

sucedió después y cómo Josías se propuso limpiar la idolatría. Dígase a la clase lo que es un ídolo y si es posible enséñesele uno. Hágase recitar a la clase el mandamiento de Dios que prohíbe la idolatría.

4) ILUSTRACIONES: *Necesidad de avivamiento.* — Cuando no hay invierno, no hay necesidad de primavera. Cuando no hay sequía, no hay necesidad de lluvias. Cuando no hay frialdad, ni declinación, ni inactividad, puede que el avivamiento no sea necesario. Quizás depende de la idea que tenemos de la palabra avivamiento. Tomando la naturaleza humana como es, cuando no hay declinación o indiferencia, es probable que lo mejor para nosotros sea que las fases de nuestra experiencia espiritual difieran un poco. Algunas veces habrá más actividad, y otras, épocas de quieto crecimiento; algunas veces, más actividad de los sentimientos, y en otras, más educación e instrucción; algunas veces, mayor número de conversiones, y en otras, más desarrollo del carácter, y más perfeccionamiento en la vida diaria.

Domingo 11 de Agosto.

Daniel, templanza y salud.

Dan., I, 8-20.

TEXTO ÁUREO: ¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios? — 1.ª Cor., VI, 19.

TÍTULO: Diez veces más fuerte.

1) PROPÓSITO: Enseñar a los niños a cuidar sus cuerpos para que sean fuertes y sanos.

2) INTRODUCCIÓN: ¿Cuántos de vosotros habéis pensado en el efecto que produce el vicio del tabaco? ¿Cuántos niños han visto hombres tirados en la calle por causa de la bebida? ¿Cuántos han pensado en cómo se transforma el rostro de un niño acostumbrado a blasfemar?

3) LA LECCIÓN: Daniel no había recibido ninguna instrucción sobre los resultados que acarrea beber vino; pero él lo rechazó. Considérense los motivos que tuvo para rechazar los manjares del rey. Demuéstrese cuánto valor necesitó para permanecer fiel a sus convicciones lejos de su hogar. Considérese la historia de Daniel en detalle, y luego cítense los daños que ocasiona el vino: 1. Perjudica el cuerpo. 2. Debilita la mente. 3. Relaja las buenas costumbres. 4. Destruye el carácter y encamina muchas veces al crimen. Por último, háblese brevemente a la clase cómo crecer fuertes y la necesidad de mantener cuerpos sanos, porque son el templo donde mora el Espíritu de Dios.

4) ILUSTRACIONES: Recítese un poema apropiado, o bien cántese un himno de temperancia, etc.

Gustosamente enviaremos ejemplares para propaganda a cuantos pastores y directores de Iglesias y Misiones lo soliciten.

THE PEACE BALLOT

La historia oficial de este importante asunto,
escrita en inglés por

ADELAIDE LIVINGSTONE, Secretaria del National Declaration Committee.

Precio: 1,50 pesetas.

Pedidos a su autora: 15, Grosvenor Crescent, LONDON. S. W. I. (Inglaterra).

TIPOGRAFÍA ARTÍSTICA
ALAMEDA, 12-MADRID